

El rincón del libro

Joan Albert Vicens



J. COROMINAS, *Ética primera. Aportación de X. Zubiri al debate ético contemporáneo*. Bilbao, Desclée de Brouwer, Col. Palimpsesto, 2000.

¿Es todavía posible fundamentar una ética universal capaz de orientar la acción humana? Parece que la respuesta a esta pregunta tiene que ser forzosamente negativa. El relativismo moral y cultural que domina el ambiente denunciará cualquier intento de fundamentar una ética universal como la enésima expres-

sión de una razón impositiva, excluyente y negadora de la multitud y riqueza de formas de vida existentes. Por otro lado, las filosofías postmodernas nos obligan a renunciar ya definitivamente al intento de hallar principios y fundamentos para nada y menos aún para algo tan evanescente como la moral. Sin embargo, la respuesta atrevida de Jordi Corominas es que aún es posible fundamentar una ética universal: accesible a todo el mundo sea cual sea la filiación cultural, social o religiosa de cada cual y capaz de proporcionar alguna orientación decisiva a las actuaciones humanas.

Lo más remarcable de su propuesta es que no supone un retorno a posiciones dogmáticas, no deja a un lado las críticas contemporáneas de la razón "moderna", no apunta a principios inmovibles o sistemas cerrados de preceptos, y no se sostiene tampoco en una metafísica o una antropología fundamentales o en opciones religiosas o místicas de las cuales la ética y la moral sean tan sólo subproductos.

Ética primera es un libro que podría significar un acontecimiento de primer orden en nuestro panorama filosófico si la ya vieja pregunta kantiana *¿qué he de hacer?*

* Universitat Ramon Llull (Barcelona).

fuera para nosotros un destino intelectual ineludible. Que debiera serlo, lo prueba Jordi Corominas de sobras. Es posible que la necesidad de una ética debidamente fundamentada se haga más evidente en El Salvador, el marco inmediato de su reflexión filosófica: en América Central, en Latinoamérica, se manifiestan con un dramatismo estremecedor las contradicciones devastadoras de la nueva sociedad mundial y el vacío o el cinismo de los discursos morales y políticos más exitosos del momento.

El autor de *Ética primera* nos lleva a reconocer, ya al principio del libro, que el formidable proceso de mundialización de las relaciones humanas en que estamos inmersos ha determinado la constitución, por primera vez en la historia, de una sociedad humana única, entendida como sistema mundial de hábitos. Los conflictos políticos, económicos, ecológicos o culturales que se nos plantean dependen de relaciones que vertebran el conjunto de la sociedad mundial y afectan directa o indirectamente al destino de la humanidad entera. Si los problemas son, ahora más que nunca, comunes a todos los humanos, si sólo pueden ser abordados desde una perspectiva global, habría que encontrar algunos criterios de orientación que marcaran el camino a decisiones justas y aceptables para todos.

En este contexto, el relativismo forma parte de las estrategias con que a menudo se justifican los privilegios de los opulentos, las áreas

reservadas o la exclusión. Si el relativismo cultural y moral expresaba, hace un tiempo, la defensa de las culturas minoritarias ante la imposición de los valores de los más fuertes, ahora aparece más de una vez como el refugio ideológico de los poderosos que basan su bienestar en un sistema económico que ya es mundial, pero restringen a sus ámbitos nacionales la vigencia efectiva de unos valores y unos derechos que, paradójicamente, se definen como “humanos”.

Sin embargo, de esta universalidad fáctica —dice insistentemente Corominas— no se desprende ninguna clase de universalismo moral. Del hecho de que hoy nos parezca especialmente necesaria una ética mundial no se sigue que ésta sea efectivamente posible, que pueda ser presentada como una propuesta teórica rigurosamente justificada. Demasiado a menudo sucede que la ética comienza dando por supuesto lo que precisamente debería demostrar. No es extraño constatar que se escogen las opciones morales que más coinciden con los intereses y opciones previas de cada cual. El reto que asume Jordi Corominas es intentar fundamentar una ética desvinculada de cualquier instancia metafísica, creencia religiosa o teoría antropológica e independiente también de los propios deseos o intereses. Él mismo señala dos referencias para su proyecto: el ideal cartesiano de un saber libre de prejuicios y la remisión baconiana a los “hechos”.

El terreno en que se sitúa su reflexión es el más accesible a todos: las acciones humanas son hechos que cualquiera puede analizar; el guía privilegiado de ese análisis es Xavier Zubiri. El libro de Corominas nos enseña que la filosofía de Zubiri constituye un instrumento extraordinario para retomar los problemas seculares de la Filosofía desde la perspectiva que corresponde a nuestra época (postmoderna, postnietzscheana, postfenomenológica, postheideggeriana...), y para cortar los nudos gordianos del debate ético contemporáneo.

Corominas expone con precisión los contenidos éticos del pensamiento de un filósofo que no hizo de las cuestiones éticas unos de sus temas predilectos, muestra como la trayectoria del pensamiento zubiriano, desde *Naturaleza, historia y Dios* (1942) a *Inteligencia sentiente* (1980-1983), va enriqueciendo una reflexión moral original que inspirará a importantes filósofos españoles de las últimas décadas: J. L. Aranguren, I. Ellacuría, D. Gracia, A. González, etc. Hay que señalar también, como otro factor de interés, que Corominas nos pone al corriente de algunos textos zubirianos que aún no han sido editados. Pero lo más destacable de *Ética primera* es que se sitúa de lleno en el último Zubiri, en el genial creador del "tríptico" *Inteligencia sentiente*, para hallar en esta última obra, trascendiendo lo que Zubiri mismo escribió, el equipaje teórico con que realizar una descripción de las

acciones humanas decisiva para la fundamentación ética. Se trata de una manera ejemplar de apropiarse de una filosofía: más allá de las preocupaciones filosóficas determinadas que movieron la reflexión zubiriana, sin dejar de explicar fielmente el pensamiento zubiriano. Corominas se preocupa de hacer fecunda la filosofía de Zubiri, de convertirla —poniendo de manifiesto sus virtualidades, reconociendo también sus limitaciones— en un instrumento teórico magnífico al servicio de nuestras actuales preocupaciones.

Ética primera presenta las principales propuestas éticas que se confrontan en el debate ético contemporáneo: las éticas neoaristotélicas, neokantianas o neohegelianas, el vitalismo, el pragmatismo o el utilitarismo, las éticas de raíz hermenéutica o las de inspiración fenomenológica. Se abordan las distintas éticas contemporáneas exponiendo críticamente sus posiciones originales sobre algunas cuestiones nucleares: el punto de partida de la filosofía moral, la noción de racionalidad, la fundamentación moral y el método.

Corominas nos quiere mostrar que las distintas éticas de nuestro tiempo determinan su punto de partida sin una fundamentación satisfactoria, muy a menudo en función de unas consecuencias morales que se desearía garantizar. Nos hace ver también que en el debate ético actual compiten varias configuraciones de racionalidad (teleológica, instrumental, utilitarista, vital, histórica, crítica...) que esconden bajo

sus diferencias un cierto dinamismo racional que todos podríamos reconocer como un hecho inconcuso de notable relevancia ética. Nos expone las dificultades que plantea la fundamentación de la moral desde las perspectivas particulares de cada filosofía moral: se quiere orientar la acción apelando a tendencias humanas constatables empíricamente (la aversión al dolor, la versión al placer...), a determinadas concepciones de la naturaleza humana o de la vida, al sentido del progreso histórico, a las estructuras transcendentales de la comunicación humana, a la experiencia originaria de la presencia irreductible del otro... La falacia naturalista aparece en este contexto de la fundamentación ética, como una acusación que, desde Hume, se dirige contra aquellos que pretenden derivar deberes de la simple constatación de lo que hay, por muy esencial o transcendental que sea lo que se constata. Finalmente, nos muestra como las distintas metodologías de la filosofía moral dependen de las posiciones adoptadas por los filósofos o las escuelas sobre el punto de partida o el modelo de racionalidad y remarca que los métodos no son indiferentes respecto de los resultados éticos que se obtienen en cada caso.

Ética primera aborda todos estos temas desde los compromisos asumidos inicialmente: remisión estricta a hechos accesibles para cualquiera y depuración de toda clase de presupuestos.

El *punto de partida* de la ética primera es el mismo en que se constituye la filosofía primera: el análisis de la acción humana entendida como un sistema de actos de aprehensión, afectación y volición. Lo que caracteriza la acción humana es, según Zubiri, el hecho de que en ella se actualiza la realidad que aprehendemos, que nos afecta o que queremos. Por "realidad" no se entiende algo extramental o que exista más allá de nuestros actos, sino la radical alteridad, absoluta, no relacional, de todos sus contenidos, los cuales sólo remiten a sí mismos y no a un sujeto, a una conciencia o a los propios actos. Las acciones humanas, por esa formalidad de alteridad, son acciones abiertas, distensas, necesitadas de determinación o de ajuste y, por eso mismo, intrínsecamente morales: el ser humano se tiene que hacer cargo de la realidad, apropiarse de las posibilidades que ésta le ofrece en cada caso y "hacer" su vida. Eso sucede en cualquiera de nuestras acciones y de ahí que se equivoquen de entrada aquellas éticas que sólo califican moralmente las acciones conscientes e intencionales. Un resultado importante de la ética primera es que remarca el carácter moral de muchos actos rutinarios y anodinos nada asépticos en el complejo de relaciones de la sociedad mundial.

La alteridad radical de los actos humanos integra en un mismo plano las cosas, los otros humanos, mis sentimientos o mis voliciones, o yo

mismo. La posibilidad de una filosofía primera radica en el hecho de que, a pesar de la singularidad irreductible de todo lo presente en mis actos, a pesar de que cualquier acción tiene una dimensión de intimidad que la hace "mía" e incommunicable, hay entre todas las cosas una comunicación radical o integración en una única formalidad de alteridad que, como mínimo, no nos condena a la soledad o al relativismo recalitrante, y que nos abre a toda otra realidad.

El punto de partida de la ética primera impone un *método* determinado. Instalada en la alteridad radical de los actos humanos, lo que hace la ética primera es analizarlos. La filosofía primera intenta evidenciar de mil maneras lo que resulte aprehensible por cualquiera ("hechos positivos") en las acciones humanas, pero renuncia a una fundamentación *racional* de los actos humanos, no teoriza sobre sus causas últimas, ni siquiera sobre sus supuestos o condiciones de posibilidad y no invoca ninguna instancia que los trascienda. Los resultados del análisis pueden pretender universalidad porque tienen la fuerza de los hechos, pero no son saber absoluto. Corominas reconoce el carácter provisional y precario de la descripción que intenta la ética primera: por un lado, porque no parte de verdades apodícticas, sino de la realidad actualizada en la multitud y fugaz variedad de nuestros actos, por otro lado, porque cualquier análisis se realiza con los con-

ceptos de que disponemos en cada momento histórico, siempre dependientes de tradiciones, culturas o escuelas. Sin embargo, hay que añadir a continuación, la rectificación del análisis no depende de teorías, sino de una renovada atención a los hechos.

La ética primera se sirve de una noción de racionalidad de notable transcendencia ética. Hay algo en los actos humanos que constituye un hecho que tiene que ver con lo que la filosofía occidental ha denominado "razón". Según Zubiri, se trata de aquel dinamismo en virtud del cual lo real mismo nos pone en marcha hacia su fondo, lo que podría ser con independencia de nuestros actos. La remisión de cada cosa real a otras cosas reales y a "la" realidad misma no se satisface con la simple determinación de una cosa desde las demás con las que comparte el mismo campo de aprehensión, sino que nos empuja a la búsqueda de la realidad profunda de aquello que inteligimos-nos afectaremos en cada momento. El dinamismo racional abre camino a todas las posibles fundamentaciones racionales de la ética, pero también, como veremos, a su crítica en nombre de pretensiones bien justificadas.

La *fundamentación* de la ética primera se reduce al mero análisis de las acciones humanas. Es este análisis el que es fundamentador en la medida en que de él se pueden desprender algunas orientaciones morales nada desdeñables. La fundamen-

tación ética consiste en la enumeración sistemática de un conjunto de hechos aprehensibles en nuestras acciones y accesibles para cualquiera. Y no se trata de jerarquizar esos hechos positivos en función de criterios exteriores al análisis, sino de tenerlos en cuenta todos.

Corominas se refiere, en primer lugar, a lo que llama el "*hecho proto-moral*", es decir, el carácter intrínsecamente moral de cualquier acción humana (intencionada o no, consciente o no...): por la apertura e indeterminación de nuestras acciones, estamos siempre obligados a apropiarnos de unas o otras posibilidades, por mucho que éstas dependan de factores económicos, culturales, etc. Sin embargo, el análisis acredita también que hay obligación porque hay religación de mis actos a la alteridad de realidad, de manera que, haga lo que haga, en el fondo todo depende de lo que sea esta alteridad de realidad. Por eso, toda moral tiene siempre un carácter penúltimo o derivado que nos disuade de absolutizarla. También es un dato del análisis que siempre accedemos a la distensión de nuestras acciones; éstas nos aparecen entonces como acciones personales y elementalmente libres, al margen de lo que establezca después cualquier teoría metafísica o antropológica. Ninguna filosofía moral podrá nunca reducir aquella dimensión personal ni esta libertad primordial de nuestras acciones.

Decimos también que en nuestros actos nos apropiamos siempre

de cosas buenas; la bondad es formalmente el carácter apropiable de las cosas. En esta línea de bondad formal de las cosas se inscriben lo que Zubiri llama "bienes y males elementales": se trata del placer o el dolor, el gusto o el disgusto, la atracción o aversión actualizados realmente en la acción humana. Cualquier ética ha de contar forzosamente con la presencia primaria, irreductible y nada irrelevante de estos bienes que perseguimos o de los males que intentamos evitar y ha de distinguirlos del sentido que pueden adquirir según los diferentes códigos morales. No está justificado convertir el placer o el dolor en criterios principales de decisión moral, pero tampoco se puede ignorar que estos bienes y males elementales son el "primordium" de toda posterior valoración. Siempre podemos preguntar, por ejemplo, qué cantidad de dolor humano se oculta efectivamente bajo los más ensalzados ideales políticos y morales.

A continuación, el análisis muestra que toda acción humana queda fijada por normas, preceptos, tabúes, ideas sobre uno mismo o sobre los demás, etc. que configuran los códigos morales. De esta manera la acción deviene actuación: es el "*hecho moral*". Los códigos que marcan las actuaciones humanas son transmitidos socialmente por procesos de adiestramiento. Las hábitos que troquelan nuestras acciones son el resultado de la incorporación de esos códigos, los cuales adquieren así una realidad física que explica

por qué es tan difícil la conversión moral. Las actuaciones morales son hechos accesibles que pueden ser interpretados y analizados desde diversas perspectivas: histórica, sociológica, psicoanalítica, etc. El análisis del hecho moral tiene un enorme potencial de aclaración, imprescindible cuando se trata de valorar las diversas actuaciones humanas, porque ilumina el complejo social e ideológico del que forman parte y en el que juegan un papel determinado.

Corominas distingue los códigos morales, las conductas morales (las actuaciones más o menos distantes de lo que prescribe el código) y los regímenes morales (las diversas estrategias con que cada uno implementa los códigos) y destaca el carácter provisional de cualquier fijación de la acción humana. Es notorio que se producen en el campo social conflictos entre diferentes códigos y regímenes morales, que, a menudo, estos se manifiestan incapaces de orientar prácticas nuevas o que se hacen patentes las consecuencias indeseables de muchas maneras de actuar. En este contexto aparece lo que denominamos "*hecho transmoral*": se trata del dinamismo racional que, partiendo de las morales existentes, nos empuja, por la propia alteridad radical de las acciones humanas, a trascender toda actuación, a cuestionar o corregir cualquier código o régimen moral, a proponer nuevos preceptos, nuevas morales que pretendemos mejor fundamentadas, nuevas posibilidades que habrá que ir experien-

ciando. Corominas, siguiendo a Antonio González (*Estructuras de la praxis*, Madrid, Trotta, 1997), señala como hechos decisivos para la ética primera que en el dinamismo racional se manifiesta una *pretensión de igualdad*, que nos lleva a considerar nuestras actuaciones y las de los demás en un mismo plano de realidad (es la matriz de la famosa "regla de oro": por ejemplo, Mt. 7, 12), una *pretensión interpersonal*, que hace posible que podamos adoptar la perspectiva del otro, compenetrarnos hasta con los no nacidos, con las generaciones futuras y con los demás seres vivos, y, sobre todo, una *pretensión de universalidad*, que nos permite interrogar siempre si una determinada actuación sería universalizable y qué sucedería si lo fuera.

Así quedan al menos apuntadas algunas ideas importantes que podemos encontrar detalladamente desarrolladas en *Ética primera*. Ante la dispersión teórica aparentemente insuperable en que nos sitúa el debate ético contemporáneo, la ética primera de Jordi Corominas no puede ser una propuesta más que añadir al catálogo de las ofertas filosóficas del momento, en primer lugar, porque pone de manifiesto las opciones no fundamentadas y los presupuestos discutibles de que parten otras propuestas éticas que confluyen en el panorama filosófico; en segundo lugar, porque nos sitúa en un punto de partida, las acciones humanas y su constitutiva apertura, que es un terreno difícil pero

accesible donde se pueden dirimir el valor o las carencias de los diversos discursos éticos y morales; en tercer lugar, porque no cae ni en la falacia naturalista, ya que no toma en consideración ninguna teoría sobre la naturaleza humana de la cual derivar determinadas obligaciones, ni tampoco en la falacia dicotomista, ya que no escinde hechos y deberes, sino que parte de hechos que son intrínsecamente debitorios; y, finalmente, porque aunque señala en nuestras acciones un conjunto de hechos nada neutrales en lo que respecta a la fundamentación ética, también relativiza el valor de la descripción que nos hace de ellos, reconociendo de este modo que la ética primera constituye una

tarea siempre inacabada y en todo caso susceptible de rectificación.

Si los resultados que obtenemos de una ética primera no invitan a tocar las trompetas que saludan al paso de una razón excesivamente segura de su capacidad de discernimiento, sí que nos ayudan a abandonar el estado de postración de una inteligencia presa de sus propia telarañas o paralizada por un sentimiento de impotencia, y nos permiten recoger algunas esquirlas de inteligibilidad de no poca importancia en las actuales circunstancias. Eso es todo, pero eso no es poco. Corominas repite, y nosotros lo decimos también, que es preferible una semilla de verdad que una cosecha de ilusiones.

